

LA CRÓNICA

Sí, una cosa desestructurada

ARCADI ESPADA

Uno de los ejercicios favoritos de la melancolía general es hablar de la burguesía catalana. Cuando el pujolismo muestra su faz desintegradora, o cuando quemamos las llamas del último incendio cultural, o cuando Pasqual Maragall se remueve inquieto en su presente, entonces, observando de soslayo el paisaje, las gentes se preguntan con el milenarismo tinte afrancesado: *Où, où, où sont les grands hommes?* Todos sabemos, entonces, que ha llegado el momento de diseccionar a nuestra burguesía, de escrutar entre sus pliegues algún destello esperanzador del futuro. ¿Y la burguesía, qué? ¿Qué piensa la burguesía?

Semejante ilusión del *esprit* —esto es, que la burguesía catalana exista— es parecida a la que experimentaron los jóvenes de mi tiempo respecto a la clase obrera en los estertores del franquismo. Entonces, en las manos grandes y cinceladas —*mis manos, mi capital*— del obrero más próximo creíamos atisbar una cultura compacta, una identidad seca y precisa. Algún día esa identidad unánime caminaría hermosa desde el presente hacia el futuro como en el cuadro de *Da Volpedo* con que Bertolucci ilustró para siempre su *Novecento*. Era cuestión de días, en efecto. Lo que ha pasado con la clase obrera, y mucho más lo que ha pasado con nosotros, no es asunto de esta crónica. Pero el paralelismo es efectivo: las animas progresistas de la patria, ya más crecidas, muestran ahora cíclicamente un progresivo interés en analizar el papel de la burguesía y especialmente, muy especialmente, el que ha de desempeñar en el futuro. La cuestión es sobrevivir con tótems y, sobre todo, ocupar la melancolía.

Sobre casi nada

Así, de cuando en cuando, se convocan coloquios. El de ayer, por ejemplo, en el hotel Condes de Barcelona, bajo la convocatoria del Club Progreso 21. Una comida. En fin... algo remotamente parecido a una comida. Si en pleno paseo de Gràcia, en el solar de la antigua casa Batlló —la mazacótica, no confundir con el mar de piedra gaudiniano de un par de esquinas más abajo— y en un hotel de cuatro estrellas se come de esta manera impropia y peligrosa y se come, además, para alentar un debate sobre la burguesía, es que, efectivamente, el apocalipsis está próximo. Aunque la tradición de ligar tortura alimentaria y pedigrí social no es en absoluto ajena a la ciudad: todo el mundo sabe —o es preciso avisar— que uno de los lugares de Barcelona donde peor se come es en el Real Club de



Ernest Lluch y Francesc Cabana, ponentes e imponentes

SILVIA T. COLMENERO

Polo, al fondo de la Diagonal perezosa y altiva. Esto parecería una divagación: no lo es en absoluto. Si las especulaciones sobre la nada —tan frecuentes en nuestra vida intelectual— van goteando sobre un lecho convincente de alcoholes nobles, buenas materias primeras, aliño exacto y sobrio acomodo a la tradición y al clima, entonces la nada viaja hasta el fondo de la memoria y a veces, incluso, con la última teja, la nada se transforma en un redondo sentimiento de armonía y de perdón. Pero si no, la nada flota. Y flotó.

Retrospectivamente hay que reconocer que el señor Francesc Cabana, uno de los ponentes, fue sincero de buen principio: "Es más fácil hablar de la burguesía del XIX. Ahora, la burguesía es esta cosa desestructurada que, en fin, no sé...". El señor Cabana es un historiador de la banca catalana y, con mayúsculas, fue vicepresidente de Banca Catalana. Estas dos condiciones le impiden, a buen seguro, hablar del presente. "Esa cosa desestructurada, no sé". Por tanto, y tras escucharle un par de párrafos muy usados sobre la generación de los grandes industriales *noucentistes*, le pasaron la palabra

al señor Ernest Lluch, rector de la Menéndez y Pelayo. El señor Lluch es como su flequillo: de una seductora dispersión. Habló de los llamados "profesionales de la sociedad civil", sin citar a nadie; habló de cómo el Banco Santander y el Banco Sabadell se han quitado el *de* (¿el *de* de la provincia o el *de* de la nobleza?); citó a Rusiñol —"yo quiero ser un señor y no un industrial"—; aludió oracularmente a La Caixa —"en Cataluña todo el mundo es imponente"— y a la hora de concretar, como pasa con los flequillos, la cosa quedó más bien en poco: "Aquí hay investigación básica, pero no hay investigación aplicada", una verdad que no precisa pasar por la prueba del 9. Luego, yo quiero creer que en pleno uso de sus facultades irónicas, respondió así a una pregunta que se interesaba por la presunta responsabilidad cultural —cívica— de la burguesía: "Ah, pues yo no sé, pero hay casas en las que de cuando en cuando me invitan a comer y me dan a escoger entre sentarme debajo de un *monet*, de un *monet* o de un *romoir*. O sea que, por tanto, no, no es verdad, algo hace, algo hace nuestra burguesía por la cultura".

Tarrag
dinero
Mundo
pobres

IG
El Ayunt
no aporta
Catalán d
rrollo por
vergente J
sidera que
bres". El f
mada por
talanés, ju
no guberr
privadas,
Mundo. E
yó a equ
165.000 ha
construyó
gua con p
El fond
anual el 7
nar los pr
rán este añ
ción. El A
gona ocup
fondo, y el
do en las l
Zanón, pr
un ruego p
2,5 millon
tas de los
debe el co

"No pi
de que el
parte de e
pobres", f
dal. El rep
miento en
Matias Pa
do en las li
ponsable c
pulsado p
gobierno h
el pleno, l
no tiene ni
do, ni de c
hace. Me
miembro
de lo que

En 198
tituyó en
aprobó ca
do más de
al Tercer M
mínima de
de 25 pese
o el 0,1%

El fon
en el Maj
América l
brasileña,
cipan en
en Senega
lleres de
producción
liones, y la
litación de
ragua se h
puesto de
vienda.

Amb el teu ajut, arribarem més amunt cada dia.

INGRESSA I'APORTACIÓ AL COMPTES